

El Templo del Sol (Otro lector más)

Una muchedumbre de paganos empezó a congregarse, cercando con sus cuerpos semidesnudos al escuálido hombre. La pesada ropa que colgaba de sus hombros le hacía andar a un ritmo irregular, levantando una nube de polvo con cada paso que daba. El Sol llevaba castigando al hombre durante días y, cuando el círculo de personas se cerró, éste se lanzó imantado hacia la sombra del gentío.

Apenas había cerrado los ojos cuando una voz empezó a resaltar de entre la multitud. Ésta, que comenzó con un susurro, se propagó entre la aglomeración. Al poco tiempo, decenas de bocas recitaban al unísono un trisílabo ímpetu y siniestro: “¡Ka-li-mah, Ka-li-mah!”. Un brazo corpulento se hizo ver entre el cúmulo de cabezas y, empuñado en el extremo, un pedernal de doble filo apuñalaba el despejado cielo al ritmo del cántico de la multitud.

Cogido por el pescuezo, el hombre fue arrastrado hasta la base del templo. Las uñas de sus pies se iban limando con cada peldaño que subían. Ya en la cima, su cuerpo fue tendido sobre un altar de piedra. Con su cuerpo inmóvil y lánguido, clavó su mirada al Sol. Mantuvo la mirada fija en el astro; fija incluso tiempo después de que el puñal le arrebatara la vida.

Con el cuchillo en una mano y el corazón del hombre en otra, el sumo sacerdote alzó los brazos, haciendo ofrenda del sacrificio recién realizado. El gentío produjo un estruendoso grito mientras el Sol aceptaba el sacrificio y se desvanecía entre un manto de nubes que descargaron sus aguas entre la multitud.

Pasaron días, meses, años, pero tal fue el obsequio dado que el templo no volvió a ver un mísero rayo de Sol. Seiscientos años más tarde, el templo se disponía a recibir otra ofrenda.

El acceso al templo fue difícil de encontrar, pero la perseverancia del hombre dio resultado. La pesada carga que llevaba a su espalda no hizo el camino más ameno. Empapado, salió del follaje para encontrarse con un grupo de aldeanos esperándole. Extenuado, soltó de un golpe la carga y cayó desplomado al barro.

La muchedumbre se apresuró a rodear al hombre, bloqueando la fuerte lluvia que descendía de forma oblicua. De entre el incesante chapoteo surgió el grito de un aldeano que, aunque atenuado por la lluvia, resonó en los oídos de todos los presentes: “¡Kalimah!” Con el puño en alto y una herramienta oxidada en mano, se acercó al hombre que yacía exhausto en el suelo.

Haciendo acopio de fuerzas, el aldeano cargó con el hombre y su carga. El golpe seco de la carga metálica contra los peldaños del templo se hizo oír a lo largo de todo el ascenso hasta la cima. Abatido por la subida, el aldeano se dispuso a acabar lo que sus antepasados comenzaron seiscientos años atrás. Levantó el brazo y liberó un golpe mortal.

La carga se abrió en dos y dejó al descubierto decenas de láminas metálicas cubiertas de patrones zigzagueantes. Juntos, hombre y aldeano montaron el entramado de láminas y cables que yacía en el ápice del decrepito templo. Finalizado el trabajo, observaron inmóviles un brillante destello proveniente de los paneles.

Atónitos, vieron el reflejo de las nubes desvanecerse. Seiscientos años más tarde, el Sol volvía a irradiar luz sobre el templo. Esta vez, sin embargo, los rayos de Sol se convertían en la ofrenda entregada al templo. Gritos de júbilo ascendieron apresurados hasta la cima, manifestando el éxito de los paneles solares instalados.